



XXI.



A familia Collantes se apresuraba á volver á la República después de dos años largos de ausencia empleados en un viaje verdadero de recreo. Habían visitado la Francia y habían estado también en Italia. La Capital del mundo cristiano produjo las más desbordantes emociones en los sentimientos religiosos de los viajeros.

Al visitar las catacumbas se transportaron en espíritu á las primeras edades del cristianismo en las que tantos esclarecidos creyentes llegaron á la inmortalidad y á la gloria cantando las estrofas sangrientas del martirio.

La nivea frente de Blanca se había posternado al pie de las tumbas de los Apóstoles, y el místico ambiente que se aspiraba en las Catedrales adonde asistía, acariciaba la

S

seda imperial de los cabellos de aquella niña de alma pura y corazón de oro.

Según estaba programado, el viaje de los Collantes se hizo extensivo á algunas poblaciones del Oriente. La salida de Francia se hizo por Marsella y por el mismo Puerto fué el regreso.

En el viaje á Oriente visitaron la Tierra Santa y pasaron la Semana de Pasión en Jerusalem, en donde la pasó también una Peregrinación mexicana, que pocos días después de la salida de los Collantes, había salido como ellos, por el Puerto de Marsella. Visitaron Belem, el Jordán, el Mar Muerto y Nazareth; el Monte Carmelo, el Tabor y Tiberiades, y fueron también hasta el Egipto. Visitaron asimismo Siria, Damasco, Beyrouth, y Constantinopla.

Estuvieron después en Atenas y en Malta, para concluir en Nápoles y en Pompeya; y poco tiempo después estuvieron de regreso en Francia.

La permanencia en la Ciudad de París se prolongó entonces por algunas semanas más.

Blanca asistía á orar al templo pontánico de Nuestra Señora de París y á la Magdalena, templo suntuoso comenzado á construir en la época de Napoleón I.

Como los templos de Santa Teresa y San-

ta Brígida en la Ciudad de México, son los preferidos para la celebración de los matrimonios de las personas elegantes, así el templo de la Magdalena en París es el preferido para la celebración de los matrimonios de los nobles, de los Príncipes y de los ricos.

*
* *

El día tan deseado de la partida de retorno había llegado.

Como vuelven al año las parvadas de alegres y constantes golondrinas, Blanca Collantes volvía al seno cariñoso de los suyos.

En la estación de San Lázaro tomaron en París los Collantes el Ferro-carril que se llama del Oeste con dirección al Puerto de El Havre, de donde salen para América los principales vapores del mundo, en uno de los cuales la familia Collantes tomó pasaje de preferencia.

Poco después se hicieron á la mar y cuando tras muchas millas de agua acabó el barco de pasar el Canal de la Mancha, los viajeros pudieron notar los faros hermosos de Inglaterra.

La ruta de Europa á Nueva York es muy andable; y cuando durante su travesía se avistaba el trasatlántico con otros barcos, se

notaba siempre un verdadero movimiento de gran curiosidad entre los pasajeros que, dirigiendo sus anteojos á los otros barcos, entablaban animadas discusiones acerca de la nacionalidad que á esos barcos amparaba y de la Compañía naviera á que pertenecían.

La proximidad de algunas islas ó de algunos grandes peñascos salientes de la mar se anunciaba á los viajeros por la presencia de multitud de gaviotas y de otras aves marinas.

El tiempo estaba bueno; el cielo por lo general estaba limpio; y por las tardes cuando el sol se ocultaba en el Poniente el cuadro que la vista contemplaba era soberbio. Los crepúsculos en la mar son admirables y las reflexiones y las refracciones luminosas producen efectos verdaderamente sorprendentes.

Los crepúsculos de aquellas tardes en que el cielo está sereno y la mar está tranquila no podrán jamás reproducirse en las obras pletóricas de los artistas, ni de las cuerdas de oro de la lira siempre templada del poeta, brotarán las estrofas diamantinas para el cántico sagrado de los mares.

*
* *

El trasatlántico se aproximaba á Nueva York. El faro de la Isla del Fuego estaba ya á la vista y las montañas de Navesink.

La bahía de Nueva-York es de las más admirables del mundo. Parece que la naturaleza se encargó especialmente de fabricar el Puerto; sus playas casi cortadas á pico y los vapores de gran calado atracando hasta los muelles,

La familia Collantes desembarcó en el muelle "PIER", internándose luego en aquella ciudad que asombra por sus colosales edificios de veinte á cuarenta pisos que se les llama rasca ó araña el cielo.

En Nueva-York se distingue lo que se llama Down Town ó ciudad de los negocios en donde están los grandes edificios, y la parte alta Uptown en donde vive la gente rica.

Antes de partir para México la familia Collantes se detuvo por cortos días en Nueva-York. Admirarían los Ferro-carriles elevados y el Ferro-carril subterráneo ó subway. Ferro-carril de cuatro vías, dos laterales para los trenes ordinarios y dos centrales para los trenes rápidos.

El grandioso ferro carril subterráneo para Brooklyn pasa bajo el nivel del fondo del mar; y el viajero se abisma al considerar que sobre la techumbre de aquél túnel dezanca el lecho de la mar cruzada por vapores de gran calado.

Ansiosos los Collantes de regresar al suelo de la Patria, abandonaron Nueva-York para dirigirse á la República, internándose á ella por el lado de Laredo.



XXII.

EN los andenes de la Estación de la Colonia, Octavio Collantes, acompañado de Don Benjamín Fernández, esperaba la llegada del tren que iba entrando ya por el fondo del patio de Estación.

La campana del tren saludaba á la Ciudad, y cuando envuelto en el humo de su máquina, el pesado convoy se detenía, la familia Collantes bajaba á los andenes para abrazar con efusión á Octavio y para estrechar cariñosamente la mano de Fernández.

Los pasajeros que abandonaban los carros salían en confuso tropel de la Estación y en aquél momento Blanca lanzó un grito. Un ratero le arrebató de las manos una bolsa de viaje que contenía joyas y valores en billetes de banco y en monedas de oro y plata.

El ratero huyó y uno de los gendarmes de servicio en la Estación lo persiguió, dándole alcance en una de las calles adyacen-

tes en donde logró su captura recogíendole la bolsa de mano que acababa de robar y haciendo entrega de ella al oficial de la línea.

Dos días después uno de los Jueces del Palacio de Belem libraba cita al Señor Collantes y á su hija para examinarlos en el proceso que instruía contra el ladrón; y días más tarde, y previas algunas tramitaciones, entregaba á Blanca la bolsa de mano con todos los valores que contenía.

Agradecido Octavio por la eficacia con que el gendarme había recuperado los valores robados, se dirigió á la Inspección General de Policía para solicitar del Inspector que le permitiera gratificar al gendarme. Aquel Funcionario lo permitió y por teléfono se ordenó al Comisario de la Octava Demarcación que enviara en el acto al policía.

Unos minutos después llegaba á la presencia del Inspector General el gendarme, que cuadrándose militarmente y con la viciosa del kepis caída sobre la frente esperó las órdenes del Superior, quien le dijo que con su autorización recibiera la cantidad de cien pesos con que el Señor Collantes lo gratificaba por haber logrado recuperar las alhajas y valores robados pocas noches antes en la Estación de la Colonia; y que re-

bajándosele los días que le faltaban del mes de servicio activo que como castigo le había sido impuesto, continuara rebajado de servicio auxiliando las labores de oficina de la Comisaria á la que estaba adscripto.

Aquel gendarme seguiría usando su jacket y su sombrero panamá, sin cal-

ma de . . .

Ha transcurrido ya algún tiempo. . . . El sol de oro de primavera, en sus declinaciones sobre los campos sigue copiando sobre las aguas de los algibes las tintas sonrosadas y grises de las nubes cuando muere el día. La flora tropical de nuestros prados sigue como antes exhalando riquísimo olor en Primavera; y Blanca Collantes, siempre adelante en la vía triunfal de sus virtudes, sigue calmando los dolores y alentando las esperanzas.

Las fulguraciones diamantinas de sublime caridad del corazón de Blanca no tienen intermitencias; y en las convulsiones de dolor ante el dolor ageno, es más intensa la luz de esas fulguraciones diamantinas.

Incansable en la realización de sus grandes ideales logró ver establecido y pletórico de vida el orfanatorio modelo, para cuyo establecimiento había trabajado tanto. Y cuando en su labor continua tropezaba con espinas ó con piedras que estorbaban su ca-


llantes y
proceso que instruía contra el ladrón; y a
más tarde, y previas algunas tramitaciones,
entregaba á Blanca la bolsa de mano con to-
dos los valores que contenía.

Agradecido Octavio por la eficacia con
que el gendarme había recuperado los va-
lores robados, se dirigió á la Inspección
General de Policía para solicitar del Inspec-
tor que le permitiera gratificar al gendar-
me. Aquel Funcionario lo permitió y por
teléfono se ordenó al Comisario de la Oc-
tava Demarcación que enviara en el acto
al policía.

Unos minutos después llegaba á la pre-
sencia del Inspector General el gendarme,
que cuadrándose militarmente y con la vi-
cera del kepís caída sobre la frente esperó
las órdenes del Superior, quien le dijo que
con su autorización recibiera la cantidad de
cien pesos con que el Señor Collantes lo
gratificaba por haber logrado recuperar las
alhajas y valores robados pocas noches an-
tes en la Estación de la Colonia; y que re-

Y Octavio, el hijo bueno, el caballero co-
rrecto, el luchador constante, tuvo siempre
la recompensa en consideraciones, en afec-
tos en y en la serena tranquilidad

XXIII

A transcurrido ya algún tiempo...
El sol de oro de primavera, en sus
declinaciones sobre los campos si-
gue copiando sobre las aguas de los
algíbes las tintas sonrosadas y gri-
ses de las nubes cuando muere el día. La
flora tropical de nuestros prados sigue como
antes exhalando riquísimo olor en Primave-
ra; y Blanca Collantes, siempre adelante en
la vía triunfal de sus virtudes, sigue calman-
do los dolores y alentando las esperanzas.
Las fulguraciones diamantinas de subli-
me caridad del corazón de Blanca no tie-
nen intermitencias; y en las convulsiones de
dolor ante el dolor ageno, es más intensa la
luz de esas fulguraciones diamantinas.

Incansable en la realización de sus gran-
des ideales logró ver establecido y pletóri-
co de vida el orfanatorio modelo, para cu-
yo establecimiento había trabajado tanto. Y
cuando en su labor continúa tropezaba con
espinas ó con piedras que estorbaban su ca-

virtudes que ceñía aquella frente pura en que anidaban los mas nobles ideales.

Don Alejandro Collantes estaba ya restablecido, casi por completo de sus antiguas dolencias; pero continuaba alejado de la actividad en el trabajo, conservando honoríficamente la dirección técnica de los grandes talleres mecánicos del Ferro-carril regentados por Octavio.

La constancia y la honradez llevaron á Don Alejandro al puesto que siguió conservando de Director y Jefe honorario de los talleres; y su incansable labor en el hogar y fuera de él, respecto á la educación de sus hijos, lo colmaron en su vejez de todas aquellas satisfacciones gratas del padre de familia cuando ha sabido educar á sus hijos en los hábitos del trabajo honrado, guiándolos por el camino de la moral.

El hogar de los Collantes estaba perfectamente bien organizado; y los huracanados vendavales de las maldades humanas, siempre se estrellaron ante los muros de aquel hogar blindado por las virtudes y por las ternuras de afectos mútuos de aquella familia tan honrada.

Y Octavio, el hijo bueno, el caballero correcto, el luchador constante, tuvo siempre la recompensa en consideraciones, en afectos, en dinero y en la serena tranquilidad de su conciencia.

Algunos años habían pasado ya desde el día en que los dorados amigos de Margot Salamanca censurando la presencia de Octavio en las aristocráticas reuniones de la casa de esta Señorita, dijeron que iría á manchar los gobelinos de los muebles al tocarlos con sus manos impregnadas en el aceite lubricante de las máquinas.

Octavio vivía en otro medio; y á través de poco tiempo encontró en su camino á una distinguida Señorita de la clase media á quien, considerándola digna de él, le ofreció con su nombre y su fortuna, la lealtad de sus afectos y estaba ya próximo su matrimonio con ella.

Como el hogar de Don Alejandro, sería el hogar de Octavio; y como en aquél, en el nuevo hogar que iba ya á formarse reinaría para siempre la páz orgánica y la tranquilidad de las conciencias.

* * *

En la Ciudad veraniega de Tlalpam continuaba viviendo Margot Salamanca con Lu-

cesita en la casa que la munificencia de Fernández había destinado para ellas.

Allí al pie del Ajusco, alejada del bullicio de la gran Ciudad, Margot Salamanca deslizaba su vida, recorriendo la gama venenosa de la envidia, desde la mordacidad cruel hasta la sátira punzante y desde ésta hasta la compasión artificial.

Margot no había podido encontrar un matrimonio realizable con ninguno de los dorados que tiempo atrás asistían á sus recepciones de los Jueves. Y cuando al pensar en el dinero de los Collantes, había creído fácil un matrimonio con Octavio, no logró, no obstante sus insinuaciones, conquistar la voluntad del obrero que se vestía de levita los Domingos.

Lucesita, la mamá de las Salamanca, se mantenía en su mismo nivel intelectual y moral. Sin nombre propio, se le llamaba entre sus amistades, *la mamá de Margot*, como antes del matrimonio de Mary se le conocía con el nombre de, *la mamá de las muchachas*.

*
* *

Con el carácter de mensajero del Express recorría las líneas de las distintas divisiones del Ferro-carril Central un empleado de as-

pecto agradable y de maneras decentes, que, según aseguraba el conductor á bordo de la correspondencia postal, había sido empleado en las oficinas de la Policía como gendarme rebajado de las obligaciones del servicio activo.

La Mano Justiciera de la Providencia había llevado á Julio Mendizábal á postrarse de rodillas sobre las frías baldosas del templo expiatorio del infortunio. Y allí en ese austero recinto había tenido aquella visión con fascinaciones de grandeza; palacios de granito con balaustradas de mármol; salones tapizados de gobelinos y con artezonas techumbres; grandes avenidas llenas de luz, automóviles y coches, caballos soberbios y aristocráticas libreas. Después había sentido desfallecer; y como entre las brumosidades de un sueño que se esfuma, había desaparecido aquella visión fascinadora, remplazándola sobre el fondo gris de aquel recinto severo un uniforme de paño azul con su botón dorado y una cachucha con su placa y número.

Como bajo la presión de horrible pesadilla, Mendizábal se había sentido perseguido por aquella obsesión del infortunio que lo impulsó durante tanto tiempo á vestir el burdo uniforme de paño azul con su botón dorado.

Las situaciones son mudables y cuando á través del servicio en las Oficinas de Policía y de otras muchas viscisitudes, llegó Julio á obtener por recomendación de Octavio, un empleo en el servicio del Express, no se sintió ya deprimido viajando con el uniforme azul á bordo de los carros del Central.

La regeneración de Julio había comenzado cuando obligado por castigo á las faenas del servicio activo vistió por ocho días el uniforme de gendarme calzando la polaina de lona blanca.

Julio Mendizábal como mensajero del Express viajaba á bordo de los trenes, y confiado en la Providencia esperaba de su laboriosidad y de la protección de Octavio, de aquel obrero que se vestía de levita los Domingos, días mejores que en no lejano tiempo llegarían.

*
* *

Mary Salamanca de Fernández había logrado que su marido perdiera por completo el recuerdo amargo de las horas grises de aquel hogar de los pasados días.

Un sol sin manchas brillaba en el cielo ya limpio sobre el que en otro tiempo se habían desatado tempestades furiosas que ru-

gían como las trombas del Oceano ó como las tumultuosidades de las cascadas que se precipitan hacia el fondo de las barrancas.

Fernández satisfecho del presente, sigue como en los días primeros, sembrando en el corazón de Mary violetas y margaritas y sigue, como entonces, llevando hasta sus labios la suave miel de la ternura servida en cálices de rosas y en pétalos de lirios.

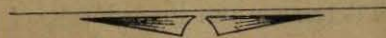
Las frases cariñosas que Fernández tiene para Mary caen sobre su corazón como una lluvia de flores envolviéndolo en el suave aroma de las más dulces ternuras.

Aquellas palabras cariñosas han quedado ya grabadas en el corazón de Mary y no caerán ya como flores marchitas deshojándose por las gradas del trono que para ella levantó el cariño de Fernández.

Los días felices han llegado ya. Los huracanados vendavales que azotaron en otro tiempo el hogar del matrimonio Fernández han desaparecido por completo. Mary se siente satisfecha de su marido y en su corazón arderá constantemente el fuego en la lámpara sagrada de su cariño.

Admirando á su marido y enamorada de él, Mary Salamanca tendrá constantemente en su corazón violetas y margaritas. Y habrá también en él claveles y habrá jazmines y madreselvas y siempre vivas.

Mary Salamanca vive consagrada al cumplimiento de todos sus deberes; y cuando algunas tardes se la ve llegar en automóvil al paseo acompañada de su marido y de sus hijos, Fernández y ella recuerdan con satisfacción aquella tarde tibia del mes de Mayo de 189.....en que se conocieron, cuando al trote largo de sus caballos llegaba á la Calzada de la Reforma la berlina en que paseaba Mary con Lucesita y con Margot en la hora en que cuando atardece en Mayo, el sol ardiente de primavera en sus declinaciones sobre los campos, prende hilos de oro en las espigas de los trigales y abrillanta el esmalte verde de la arboleda.



Amores Intimos

(NOVELA CORTA.)

LIBRO PRIMERO

— 1916 —

IMPRESA VICTORIA.—4A. VICTORIA 92
MEXICO